

Conflictos y Acción Humanitaria



El murmullo

Ante tanto conflicto y sufrimiento de pueblos y personas, la indiferencia no es una opción

El 19 de agosto recordamos el **Día Mundial de la Asistencia Humanitaria**. En esta fecha, la página de **Open Arms** (Organización no gubernamental, dedicada principalmente al rescate de personas en el mar) nos invitaba a recordar a cada una de las personas que arriesgan sus vidas, echando una mano en lugares como Palestina, Ucrania, Venezuela, Colombia, Nepal, Ceuta y tantos otros países envueltos en conflictos casi permanentes, pero, sobre todo, nos invitaba a celebrar que la humanidad y la solidaridad siguen vivas.

Vivimos tiempos de grandes conflictos bélicos y de conflictos generados por la creciente polarización, el avance tecnológico y la amenaza de las guerras con la IA. En ellos, las víctimas son siempre las personas empobrecidas: hombres y mujeres a quienes el sistema dominante utiliza para sostener su poder y descartar cuando «ya no le sirven». Son hombres y mujeres que forman parte de colectivos y de pueblos a los que se etiqueta y cuantifica, tal vez para mantener la «conciencia tranquila».

Es en este escenario donde se pone en juego nuestra humanidad, nuestra vocación de cuidar toda vida, sin importar ideologías, género, color de piel, situación legal o condición económica. Lamentablemente, esta respuesta no es lo habitual en los tiempos que vivimos. Somos testigos y testigas, de cómo, en distintas partes del mundo, se ha ido consolidando el discurso de los «nuestros» frente a los «otros», donde estos últimos son catalogados como delincuentes o revoltosos. Este discurso se traduce en prácticas personales y en políticas públicas que continúan vulnerando los derechos de quienes ya se encuentran en situación de precariedad.

El Murmullo número 11, ha querido traer el tema de los «**Conflictos y la ayuda humanitaria**» para ayudarnos a reflexionar sobre dónde y con quién estamos dando respuesta a esta realidad, (desde nuestro estilo y lugar de vida) ante la cual no podemos permanecer indiferentes ni neutrales.

Ante el sufrimiento de tantos pueblos y personas, la indiferencia no es una opción. Cada conflicto nos interpela y nos obliga a decidir de qué lado nos situamos. **Del lado de quienes levantan muros o de quienes tienden la mano.**

La acción humanitaria no es solo tarea de organizaciones o voluntarios en lugares lejanos; es una llamada cotidiana a reconocer la dignidad de cada persona y a comprometernos con su cuidado. Porque cuando dejamos de ver al otro como una amenaza y comenzamos a verlo como a un hermano o una hermana, no solo contribuimos a sanar las heridas del mundo: **TAMBIÉN SALVAMOS NUESTRA PROPIA HUMANIDAD ■**

Apostólicas del
Corazón de Jesús

www.apostolicas.org

Círculo de comunicación

Rosa Cuba,
Concepción Mejía,
Cecilia Prudencio,
Verónica Hernández,
Teodora Arranz.

Colaboran en este número

Daniela Oliver Ruvalcaba (México)
Inés María Barrio (España)
Verónica Márquez (El Salvador)
María Jiménez (Ceuta, España)

Síguenos en:





Del dolor a la acción colectiva

▲ Daniela Oliver Ruvalcaba. Antropóloga social. Integrante de la Red Laical Latinoamericana por la Paz.

En junio de 2022, el asesinato de varias personas, religiosos y laicos en Cerocahui, Chihuahua, (México) volvió a colocar frente a nosotros y nosotras una realidad que muchas comunidades conocen demasiado bien: las violencias atraviesan la vida cotidiana, rompen vínculos y con frecuencia, parecen rebasar nuestra capacidad de respuesta.

Pero el dolor también puede convertirse en conciencia, indignación y acción. La Compañía de Jesús, la Conferencia del Episcopado Mexicano, la Conferencia de Superiores Mayores de Religiosos de México y la Dimensión Episcopal para los Laicos convocaron entonces a escuchar al país y de este proceso surgió el Diálogo Nacional por la Paz: un movimiento que busca encontrarse con víctimas, comunidades, organizaciones, universidades, empresas, iglesias y autoridades para reconocer las violencias, pero también las capacidades y experiencias de humanidad y solidaridad que ya existen en los territorios.

Porque construir paz/humanidad, no significa llegar a las comunidades con respuestas previamente elaboradas. Significa reconocer su agencia: la capacidad de las personas para comprender su realidad, organizarse, tomar decisiones y actuar colectivamente para transformarla. Por eso, una de las apuestas del Diálogo ha sido promover núcleos y redes locales capaces de responder a sus propios contextos y, al mismo tiempo, articularse con otros.

En la Ciudad de México, Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana (Imdosoc) ha puesto sus capacidades institucionales al servicio de este proceso: fortaleciendo

las comunidades, formando liderazgos, generando espacios de diálogo y conectando actores que muchas veces realizan esfuerzos valiosos, pero aislados. Hemos encontrado experiencias de mediación, acompañamiento comunitario y reconstrucción del tejido social muy valiosas, porque el reto no siempre consiste en inventar algo nuevo, sino en reconocer lo que existe, conectarlo y fortalecer su capacidad transformadora.

No somos una instancia de seguridad ni podemos responder directamente a todas las expresiones de violencia, pero si, vamos creando condiciones para que los conflictos puedan tramitarse sin producir nuevos daños.

El diálogo es nuestra apuesta. Frente a la fragmentación y el miedo, proponemos encontramos y reconstruir confianza y frente a la tentación de actuar solos/solas, articular capacidades, porque dialogar, no significa negar el conflicto ni renunciar a la justicia, sino reconocer que nada puede construirse sin los otros.

Ese es nuestro mayor desafío. Tenemos parroquias, congregaciones, comunidades, obras sociales y personas comprometidas presentes en miles de territorios y la pregunta es si seremos capaces de encontrarnos, aprender unos de otros y poner esa enorme capacidad al servicio del bien de la Humanidad.

La violencia busca convencernos de nuestra impotencia, pero cuando descubrimos que todavía podemos actuar y que lo hacemos con otros/as, nuestra capacidad de transformar la realidad se multiplica, amplía y fortalece ■



Que el desánimo no nos robe las calles.

Inés María Barrio, España.



¿Quién es Inés?

Enfermera, actualmente jubilada. Cooperante en distintos proyectos con Oxfam Intermón en países de África. Actualmente coordinadora de Amani, una plataforma ciudadana de acogida a personas migrantes



Cada día los informativos abren con imágenes de guerras, violencia, ocupación de tierras, colonialismo. Es fácil pensar que el mundo está dominado por el conflicto. Un comentario muy frecuente en gente sensible es “esto va cada vez peor”.

Esta visión es real. Los gobiernos de los países son cada vez más inoperantes frente a la violencia, el racismo etc. Parece que hay un poder por encima de ellos que rige los destinos de los pueblos. Y ese destino sólo busca gobernar en beneficio de las élites económicas.

Podríamos extendernos en la lista de conflictos que están activos en el mundo. Sin embargo, hoy queremos traer a estas líneas otra realidad menos visible, pero muy poderosa: millones de personas que cada día sostienen la esperanza a través de la acción humanitaria.

Allí donde la guerra masacra pueblos, aparecen personas que ponen su vida en riesgo para salvar otras vidas. Recientemente en Granada nos hemos concentrado para pedir la liberación del Doctor Abu Safiya.

Hussam Abu Safiya es un pediatra palestino que dirigía el Hospital Kamal Adwan en Gaza. Se negó a abandonar a los niños ingresados pese a los intensos ataques del ejército israelí. Fue arrestado por las fuerzas de Israel el 27 de diciembre de 2024. A día de hoy permanece encarcelado sin cargos ni un juicio formal. Es el ejemplo que me viene a la mente, pero hay muchos más. Desde equipos de rescate que buscan supervivientes entre los escombros, docentes que continúan enseñando en campos de personas refugiadas, cooperantes que acompañan a quienes lo han perdido todo...

Es difícil designar a estas personas por su nombre, porque una de las características de la acción humanitaria es la discreción, el anonimato, la ausencia de medallas en el pecho, la presencia constante, cercana y silenciosa. Estas historias apenas ocupan espacio en los medios de comunicación. La acción humanitaria no elimina las causas de los conflictos, pero sí evita que el sufrimiento sea mayor.

Pero es necesario eliminar las causas de los conflictos. ¿Cómo? La denuncia ciudadana como acción humanitaria que es. Salir a las calles a protestar, es acompañar en la distancia a las personas damnificadas. A veces nos frustra encontrarnos veinte personas en una concentración en defensa de las personas migrantes. La tentación de decir “esto no sirve para nada” es muy grande. Pero, como dice Jeremy Corbyn, la movilización ciudadana y la ocupación pacífica de las calles son esenciales para la democracia y la paz global. O como dice Jean Luc Mélenchon, la movilización social y la protesta en la calle son las herramientas más poderosas de presión frente políticas injustas.

No nos dejemos abatir por la escasa presencia de asistentes a manifestaciones y protestas. Que el desánimo no nos robe las calles ■

Dignidad, resistencia y esperanza en medio de los conflictos y crisis humanitaria en El Salvador

Verónica Márquez (A.C.J.) El Salvador.

La crisis humanitaria que atraviesa actualmente El Salvador tiene muchos rostros, pero uno de los más invisibilizados es el de las mujeres retornadas. Detrás de cada retorno hay una historia marcada por la búsqueda de oportunidades, la reunificación familiar o la necesidad de huir de la violencia, pobreza o exclusión. Pero, el regreso al país rara vez significa el fin de esas dificultades. Muchas veces, volver también duele.

Duele porque detrás del retorno hay despedidas, sueños interrumpidos y sacrificios que pocas personas alcanzan a comprender.

Duele porque muchas mujeres dejaron su país buscando proteger a sus hijos, escapar de la pobreza o encontrar oportunidades que aquí les fueron negadas y al volver, frecuentemente descubren que las dificultades que las obligaron a migrar siguen presentes.

Muchas de ellas han pasado años trabajando lejos de sus familias y vuelven con la esperanza de reencontrarse con sus seres queridos, pero también con el temor de no saber cómo empezar de nuevo.

Algunas regresan con la experiencia de procesos migratorios difíciles y traumáticos, otras separadas de sus hijos e hijas o con la angustia de haber dejado atrás parte de su vida. Casi siempre es una mezcla de cansancio, fortaleza, resiliencia y esperanza que no se puede describir con palabras.

Desde nuestra experiencia de trabajo compartido con otras organizaciones y asociaciones,

vemos que la mayoría de las personas retornada son de zonas rurales de bajos recursos y de comunidades periurbanas en San Salvador y Soyapango. Abandonaron el país, por obtener una vida digna, pero también huyendo de la violencia y de las pandillas.

A su regreso, se encuentran con la barrera de la adaptación económica y social, que les complica integrarse en la familia y a su pueblo, ya no es el mismo que dejaron, todo ha cambiado, todo, menos las mismas necesidades económicas y aún peor la realidad que ya no habrá remesas.

Pero también somos testigos, de cómo muchas mujeres intentan rehacer su vida enfrentándose a la falta de oportunidades laborales, vecinas que luchan por garantizar la educación de sus hijos después del retorno, lideresas comunitarias que, pese a la adversidad, continúan defendiendo los derechos de sus comunidades, como el acceso a la tierra, el agua y los recursos que sostienen la vida. Es ahí donde puede volver a florecer la confianza, la esperanza, se pueden reconstruir los sueños que parecían perdidos.

Por eso cualquier respuesta a esta crisis debe poner en el centro a las personas y especialmente a las mujeres. Por ellas, por sus familias y por las futuras generaciones, debemos seguir trabajando para construir un El Salvador donde migrar no sea una obligación para sobrevivir y donde regresar signifique realmente “regresar a casa y a la tierra” ■



¿Quién es Verónica?

Trabaja en un barrio periférico de la capital de El Salvador, acompaña a las comunidades en la defensa de sus derechos y colabora activamente en la comisión Justicia y Paz, y en la red de organizaciones “Caminata Ecológica”.





«Elín es un oasis en el desierto, donde resurgimos y curamos las heridas causadas por la injusticia de los distintos desiertos que cada persona ha vivido».

Ante la grave situación que hemos vivido estos últimos meses, sobre la entrada en Ceuta de miles de personas migrantes, la asociación Elín, presente en Ceuta durante más de 25 años, ha sido un testimonio y referente de acogida, sensibilización y denuncia

Le hemos preguntado a **María Jiménez, actual presidenta de Elín**, muy vinculada a la ciudad de Ceuta y con un compromiso continuado en todo lo que representa dicha asociación.

▲ Teo Arranz González, (ACJ).

¿Cuales son los objetivos de la asociación?

La **acogida**, entendida en términos de igualdad, con actividades que fomentan relaciones horizontales basadas en el intercambio y el aprendizaje. La **sensibilización**, con el objetivo de promover un relato alternativo sobre la migración que nos haga cuestionarnos sus causas. La **denuncia** que va de la mano de los dos anteriores, permanecer impasibles ante estas situaciones nos hace cómplices, mientras que posicionarnos firmemente en contra nos convierte en parte de un mecanismo de cambio.

Retos que se os plantean a partir de esta entrada masiva a Ceuta. ¿Esta situación actual, marcará un antes y un después en el trabajo de vuestra asociación?

El reto principal es que las instituciones den una respuesta adecuada y digna a las múltiples necesidades de las personas

migrantes que se encuentran en la ciudad. Más de un mes después, esta respuesta sigue siendo insuficiente.

Actualmente hay instalados varios espacios de acogida. Los servicios mínimos, como duchas y baños, son insuficientes, al igual que la atención sanitaria. Además, las filiaciones en policía y el acceso a los procedimientos para solicitar protección internacional están siendo muy lentos, y no se están dando derivaciones a la península. Dentro de esta realidad nos preocupan especialmente las niñas, los niños, las mujeres y las personas del colectivo LGTBI, que llevan todo este mes sobreviviendo en condiciones muy precarias.

Por ello, el principal reto ahora mismo es seguir resistiendo, acompañando, intercediendo ante las vulneraciones de derechos y ejerciendo presión para que las instituciones, que son quienes cuentan con los recursos necesarios, respondan a todas estas necesidades.



¿Cuáles son los mayores desafíos y también las mayores esperanzas, si es que las hay?

Resistir en la Frontera Sur no es tarea fácil: es un espacio hostil y de constantes vulneraciones de derechos. Pero desde 1999 Elín lleva creando un oasis en el desierto donde resurgimos y curamos las heridas causadas por la injusticia de los distintos desiertos que cada persona ha vivido. Estos 27 años nos han demostrado que Elín es una enorme fuente de resiliencia, un concepto que nos ayuda a transformar las dificultades en posibilidades. Somos resilientes cuando tomamos todas nuestras vivencias y sentimientos de dolor o sufrimiento y somos capaces de canalizarlos, redirigirlos y transformarlos en energía positiva y aprendizaje.

Es lucha: por nuestras vidas y las de los demás, por un mundo más justo y digno, por transformar la realidad a través de los valores y las relaciones humanas. Las personas migrantes que pasan por la ciudad construyen junto con

nosotras esta realidad, que nos llena de esperanza y de fuerzas para seguir sosteniendo este espacio.

¿Qué repercusiones educativas, sociales, políticas etc. tiene vuestra asociación en una ciudad, como Ceuta, no solo en este momento, sino en todo el proceso migratorio que es muy frecuente en la ciudad?

Elín lleva 27 años generando presencia en Ceuta, con un compromiso firme y sostenido en el tiempo: denunciar públicamente las vulneraciones de derechos que ocurren en la ciudad y apelar a la ciudadanía a través de una labor de sensibilización que nos permita construir un relato alternativo sobre la migración, más humano y alejado de los estereotipos. En una ciudad donde el fenómeno migratorio forma parte de la vida cotidiana, este trabajo contribuye a fomentar valores cívicos de acogida, igualdad y convivencia, y a que la ciudadanía se implique de forma activa y crítica ante la realidad de la frontera ■

La tierra en movimiento

En los últimos meses hemos asistido a una serie de terremotos en diferentes partes del mundo que nos han llevado a preguntarnos: ¿qué le está pasando a la Tierra? Sin embargo, sabemos que esta no es la pregunta adecuada, porque la Tierra es el lugar donde habitamos y del cual formamos parte. Tal vez la pregunta deba ser: ¿qué estamos haciendo para que la Tierra se mueva con tanta fuerza y frecuencia?

Lamentablemente, cada movimiento tiene consecuencias en la vida de las personas, especialmente en los pueblos más expuestos a los efectos del cambio climático. Sí, la Tierra se mueve, pero las consecuencias de sus movimientos son diferentes, como ya lo hemos visto en Venezuela, Colombia, España, Filipinas y otros lugares del mundo.

Entonces surge una nueva pregunta: ¿qué podemos y qué queremos hacer para cuidar esta Casa Común-



Venezuela: dos terremotos en solo 39 segundos

El 24 de junio, Venezuela sufrió la catástrofe sísmica más mortífera del año hasta la fecha. Un terremoto de magnitud 7,2 fue seguido apenas 39 segundos después por otro aún más fuerte, de magnitud 7,5. Las zonas más afectadas fueron el norte del país y la capital, Caracas.

Según datos oficiales, más de 6.300 personas perdieron la vida a causa de este doble sismo. Además, las consecuencias para la infraestructura del empobrecido país son dramáticas. Un análisis basado en imágenes satelitales realizado por investigadores de la Universidad Estatal de Oregón concluyó poco después del desastre, de forma preliminar, que más de 58.000 edificios podrían haber resultado dañados o destruidos.

Filipinas: el terremoto más fuerte del año

Con una magnitud de 7,8, el terremoto registrado el 8 de junio frente a la costa sur de la isla filipina de Mindanao ha sido el más fuerte de 2026 hasta ahora. Su epicentro se localizó a unos 57 kilómetros de profundidad y las sacudidas se sintieron en amplias zonas de la isla.

Según el recuento de las autoridades, al menos 107 personas murieron como consecuencia del sismo. Que el número de víctimas fuera muy inferior al registrado en Venezuela, pese a su enorme magnitud, demuestra una vez más que la fuerza de un terremoto no lo dice todo sobre sus consecuencias.

Colombia: cientos de muertos pese a la gran profundidad

El 10 de agosto, un terremoto de magnitud 7,4 sacudió el oeste de Colombia. El epicentro se situó en el departamento del Chocó, cerca de San José del Palmar. Aunque el sismo se produjo a más de 100 kilómetros de profundidad, el desastre natural causó graves daños.

Fuente: <https://p.dw.com/p/5lmcv>

Nepal: alud mortal

El 26 de agosto de 2026 en el Himalaya, se produjo un desprendimiento de hielo y roca, fruto del calentamiento global, un alud, que alcanzó los 9 metros de altura, arrasando con todo, y dejando un saldo de más de 800 muertos, y cuantiosas pérdidas materiales ■

Fuente: Centro de Investigación en Hidrología y Recursos Hídricos de Nepal

